

Arthur Conan Doyle

# El dedo pulgar del ingeniero



**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL DEDO PULGAR DEL INGENIERO**

**ARTHUR CONAN DOYLE**

**PUBLICADO: 1891  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en la colección de relatos titulada The Adventures of Sherlock Holmes (1892) disponible en Project Gutenberg.

## EL DEDO PULGAR DEL INGENIERO

De todos los problemas que se le han presentado a mi amigo, el señor Sherlock Holmes, para que los resolviera durante los años de nuestra amistad, sólo hubo dos que yo le hice conocer: el del pulgar del señor Hatherley y el de la locura del coronel Warburton. De estos, el último puede haber ofrecido un campo más fino para un observador agudo y original, pero el otro fue tan extraño en su inicio y tan dramático en sus detalles que puede ser el más digno de ser registrado, incluso si le dio a mi amigo menos oportunidades para esos métodos deductivos de razonamiento por los que logró resultados tan notables. Creo que la historia ha sido contada más de una vez en los periódicos, pero, como todas las narraciones de este tipo, su efecto es mucho menos impactante cuando se expone en bloque en una sola media columna de imprenta que cuando los hechos evolucionan lentamente ante tus propios ojos, y el misterio se despeja gradualmente a medida que cada nuevo descubrimiento proporciona un paso que conduce a la verdad completa. En aquel momento, las circunstancias me causaron una profunda impresión, y el transcurso de dos años apenas ha servido para debilitar el efecto.

Fue en el verano del 1889, no mucho después de mi matrimonio, cuando se produjeron los acontecimientos que ahora voy a resumir. Yo había vuelto a la práctica civil y había abandonado definitivamente a Holmes en sus habitaciones de Baker Street, aunque le visitaba continuamente y de vez en cuando incluso le convencía de que abandonara sus hábitos bohemios para venir a visitarnos. Mi consulta había aumentado constantemente, y como vivía a una distancia no muy grande de la estación de Paddington, conseguí

algunos pacientes entre los funcionarios. Uno de ellos, al que había curado de una dolorosa y persistente enfermedad, no se cansaba de anunciar mis virtudes y de intentar enviarme a todos los enfermos sobre los que pudiera tener alguna influencia.

Una mañana, poco antes de las siete, me despertó la criada tocando a la puerta para anunciarme que dos hombres habían llegado de Paddington y me esperaban en la consulta. Me vestí apresuradamente, pues sabía por experiencia que los casos de ferrocarril rara vez son triviales, y me apresuré a bajar las escaleras. Mientras bajaba, mi viejo aliado, el guardia, salió de la habitación y cerró la puerta con fuerza tras de sí.

"Lo tengo aquí", susurró, moviendo el pulgar por encima del hombro; "está bien".

"¿Qué ocurre, entonces?" pregunté, ya que su actitud sugería que se trataba de alguna criatura extraña que había enjaulado en mi habitación.

"Es un nuevo paciente", susurró. "Pensé en traerlo yo mismo; así no podría escaparse. Ahí está, sano y salvo. Tengo que irme ahora, doctor; tengo mis cosas, igual que usted". Y se marchó, este fiel pregonero, sin darme tiempo a darle las gracias.

Entré en mi consulta y encontré a un caballero sentado junto a la mesa. Iba tranquilamente vestido con un traje de tweed de brezo y una gorra de tela suave que había depositado sobre mis libros. Llevaba un pañuelo en una de sus manos, que estaba manchado de sangre. Era joven, no más de veinticinco años, diría yo, con un rostro fuerte y masculino; pero estaba excesivamente pálido y me dio la impresión de un hombre que estaba sufriendo una fuerte agitación, que requería toda su fuerza de espíritu para controlar.

"Siento llamarle tan temprano, doctor -dijo-, pero he tenido un accidente muy grave durante la noche. Llegué en tren esta mañana, y al preguntar en Paddington dónde podría encontrar un médico, un digno compañero me acompañó muy amablemente hasta aquí. Le di a la criada una tarjeta, pero veo que la ha dejado sobre la mesa auxiliar".

La cogí y le eché un vistazo. "Sr. Victor Hatherley, ingeniero hidráulico, 16A, Victoria Street (3ª planta)". Ese era el nombre, el estilo y la morada de mi visitante matutino. "Lamento haberle hecho esperar", dije, sentándome

en mi silla-biblioteca. "Viene usted de un viaje nocturno, según tengo entendido, que es en sí mismo una ocupación monótona".

"Oh, mi noche no podría llamarse monótona", dijo él, y se rió. Se rió con mucha fuerza, con una nota alta y sonora, inclinándose hacia atrás en su silla y sacudiendo los costados. Todos mis instintos médicos se alzaron contra esa risa.

" ¡Para!", grité. grité; "¡contrólate!" y vertí un poco de agua de una jarra.

Pero fue inútil. Estaba en uno de esos arrebatos histéricos que sobrevienen a una naturaleza fuerte cuando una gran crisis ha pasado y se ha ido. Al cabo de un rato volvió en sí, muy cansado y con el rostro pálido.

"He hecho el ridículo", jadeó.

"No, en absoluto. Bebe esto". Eché un poco de brandy en el agua, y el color empezó a volver a sus mejillas sin sangre.

"¡Así está mejor!", dijo. "Y ahora, doctor, tal vez sea usted tan amable de atender mi pulgar, o más bien el lugar donde estaba mi pulgar".

Desenrolló el pañuelo y extendió la mano. Incluso mis nervios endurecidos se estremecieron al mirarla. Había cuatro dedos que sobresalían y una horrible superficie roja y esponjosa donde debería haber estado el pulgar. Lo habían cortado o arrancado de raíz.

"¡Cielos!" grité, "es una herida terrible. Debe haber sangrado mucho".

"Sí, así es. Me desmayé cuando me lo hicieron, y creo que debí estar sin sentido durante mucho tiempo. Cuando volví en mí me di cuenta de que aún sangraba, así que até un extremo de mi pañuelo muy fuertemente alrededor de la muñeca y la sujeté con una ramita."

"¡Excelente! Deberías haber sido cirujano".

"Es una cuestión de hidráulica, ya ves, y entraba dentro de mi propia competencia".

"Esto ha sido hecho", dije yo, examinando la herida, "por un instrumento muy pesado y afilado".

" Algo así como una cuchilla", dijo él.

"¿Un accidente, supongo?"

"De ninguna manera".

"¿Qué? ¿Un ataque asesino?"

"Muy asesino de hecho".

"Me horroriza".

Le pasé una esponja por la herida, la limpié, la vendé y finalmente la cubrí con guata de algodón y vendas carbolizadas. Se recostó sin hacer muecas, aunque se mordía el labio de vez en cuando.

"¿Cómo está eso?" pregunté cuando terminé.

" ¡Qué maravilla! Entre su brandy y su vendaje, me siento un hombre nuevo. Estaba muy débil, pero he tenido que pasar un buen rato".

"Tal vez sea mejor que no hable del asunto. Evidentemente es una prueba para sus nervios".

"Oh, no, ahora no. Tendré que contar mi historia a la policía; pero, entre nosotros, si no fuera por la evidencia convincente de esta herida mía, me sorprendería que creyeran mi declaración, porque es muy extraordinaria, y no tengo muchas pruebas que la respalden; y, aunque me creyeran, las pistas que puedo darles son tan vagas que es una cuestión de si se hará justicia."

"¡Ja!", exclamé, "si se trata de un problema que desea ver resuelto, le recomiendo encarecidamente que acuda a mi amigo, el señor Sherlock Holmes, antes de acudir a la policía oficial".

"Oh, he oído hablar de ese tipo", respondió mi visitante, "y me encantaría que se ocupara del asunto, aunque, por supuesto, también debo recurrir a la policía oficial. ¿Podría usted presentármelo?"

"Lo haré mejor. Yo mismo te llevaré a verle".

"Le estaré inmensamente agradecido".

"Pediremos un taxi e iremos juntos. Llegaremos a tiempo para desayunar con él. ¿Te sientes capaz de hacerlo?"

"Sí; no me sentiré tranquilo hasta que haya contado mi historia".

"Entonces mi criado llamará a un taxi, y estaré con usted en un instante". Me apresuré a subir las escaleras, le expliqué el asunto a mi esposa y en

cinco minutos estaba dentro de un taxi, conduciendo con mi nuevo conocido a Baker Street.

Sherlock Holmes estaba, como yo esperaba, holgazaneando en su salón en bata, leyendo la columna de opinión de The Times y fumando su pipa de antes del desayuno, que estaba compuesta por todos los tapones y las boquillas de sus cigarrillos del día anterior, todos cuidadosamente secados y recogidos en la esquina de la repisa de la chimenea. Nos recibió a su manera, con la tranquilidad que le caracteriza, y pidió huevos y torreznos frescos, y se unió a nosotros en una abundante comida. Al terminar, acomodó a nuestro recién conocido en el sofá, colocó una almohada bajo su cabeza y puso a su alcance una copa de brandy con agua.

"Es fácil ver que su experiencia no ha sido común, señor Hatherley", dijo. "Por favor, tumbese ahí y siéntase absolutamente como en casa. Cuéntenos lo que pueda, pero deténgase cuando esté cansado y mantenga sus fuerzas con un pequeño estimulante."

"Gracias", dijo mi paciente, "pero me he sentido otro hombre desde que el médico me vendó, y creo que su desayuno ha completado la cura. Quiero robarle el menor tiempo posible, así que empezaré de inmediato con mis peculiares experiencias."

Holmes se sentó en su gran sillón con la expresión de cansancio y pesadez de ojos que encubría su naturaleza aguda y ansiosa, mientras yo me sentaba frente a él, y escuchábamos en silencio la extraña historia que nos detallaba nuestro visitante.

"Deben saber -dijo- que soy huérfano y soltero, y que vivo solo en Londres. De profesión soy ingeniero hidráulico, y he tenido una considerable experiencia en mi trabajo durante los siete años que estuve como aprendiz en Venner & Matheson, la conocida firma de Greenwich. Hace dos años, después de haber cumplido mi tiempo, y habiendo conseguido una buena suma de dinero por la muerte de mi pobre padre, decidí empezar a trabajar por mi cuenta y alquilé un despacho profesional en Victoria Street.

"Supongo que todo el mundo encuentra su primer comienzo independientemente en los negocios una experiencia triste. Para mí ha sido excepcionalmente así. Durante dos años he tenido tres consultas y un pequeño trabajo, y eso es absolutamente todo lo que me ha aportado mi profesión. Mis ingresos bru-



tos ascienden a 27 libras y 10 peniques. Todos los días, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, esperaba en mi pequeña guarida, hasta que al final mi corazón comenzó a hundirse, y llegué a creer que nunca tendría ninguna consulta.

"Ayer, sin embargo, justo cuando pensaba dejar la oficina, mi empleado entró para decir que había un caballero esperando que deseaba verme por negocios. También trajo una tarjeta con el nombre del "Coronel Lysander Stark" grabado en ella. Le pisaba los talones el coronel en persona, un hombre más bien de mediana estatura, pero de extrema delgadez. No creo haber visto nunca un hombre tan delgado. Toda su cara se afinaba en la nariz y la barbilla, y la piel de sus mejillas se dibujaba muy tensa sobre sus destacados huesos. Sin embargo, esta delgadez parecía ser su hábito natural, y no se debía a ninguna enfermedad, pues su mirada era brillante, su paso enérgico y su porte seguro. Iba vestido de forma sencilla pero pulcra, y su edad, a mi juicio, estaría más cerca de los cuarenta que de los treinta.

"¿Sr. Hatherley?", dijo, con algo de acento alemán. Me han recomendado a usted, señor Hatherley, por ser un hombre no sólo competente en su profesión, sino también discreto y capaz de guardar un secreto".

"Me incliné, sintiéndome tan halagado como lo haría cualquier joven ante semejante discurso. "¿Puedo preguntar quién fue el que me dio tan buen carácter?"

" 'Bueno, tal vez sea mejor que no te lo diga en este momento. Tengo entendido, por la misma fuente, que es usted huérfano y soltero y que reside solo en Londres".

"Eso es correcto -respondí-, pero me disculparé si le digo que no veo qué relación tiene todo esto con mis calificaciones profesionales. Tengo entendido que era por un asunto profesional por lo que quería hablar conmigo".

"Sin duda, sí. Pero descubrirá que todo lo que digo es realmente importante. Tengo un encargo profesional para usted, pero el secreto absoluto es esencial, el secreto absoluto, usted entiende, y por supuesto podemos esperar eso más de un hombre que está solo que de uno que vive en el seno de su familia".

" 'Si le prometo guardar un secreto' -dije-, 'puede confiar absolutamente en que lo haré'".



"Me miró muy fijamente mientras hablaba, y me pareció que nunca había visto unos ojos tan suspicaces e interrogantes.

" '¿Me lo promete, entonces?', dijo al fin.

" 'Sí, lo prometo'."

" '¿Silencio absoluto y completo antes, durante y después? ¿Ninguna referencia al asunto, ni de palabra ni por escrito?'"

" 'Ya le he dado mi palabra'.

" 'Muy bien'. Se levantó de repente y, como un relámpago, cruzó la habitación y abrió la puerta de golpe. El pasillo exterior estaba vacío.

'Está bien', dijo, volviendo. Sé que los empleados a veces sienten curiosidad por los asuntos de su amo. Ahora podemos hablar con seguridad". Acercó su silla a la mía y comenzó a mirarme de nuevo con la misma mirada interrogante y reflexiva.

"Un sentimiento de repulsión, y de algo parecido al miedo, había comenzado a surgir dentro de mí ante las extrañas payasadas de este hombre descarnado. Ni siquiera mi temor a perder un cliente pudo impedirme mostrar mi impaciencia.

Le ruego que exponga su asunto, señor -dije-; mi tiempo es valioso". Que el cielo me perdone por esta última frase, pero las palabras salieron de mis labios.

" '¿Qué le parecen cincuenta guineas por una noche de trabajo?', preguntó."

" Me parece muy bien."

" 'Digo una noche de trabajo, pero una hora estaría más cerca del objetivo. Sólo quiero su opinión sobre una máquina de estampación hidráulica que se ha estropeado. Si nos muestra lo que está mal, pronto lo arreglaremos nosotros mismos. ¿Qué opina de un encargo como éste?'"

" 'El trabajo parece ser liviano y la paga munificente'."

" 'Precisamente eso. Queremos que venga esta noche en el último tren'."

" '¿A dónde?'"

"A Eyford, en Berkshire. Es un pequeño lugar cerca de los límites de Oxfordshire, y a siete millas de Reading. Hay un tren desde Paddington que te llevaría allí alrededor de las 11:15".

"Muy bien."

"Bajaré en un carruaje para encontrarme con usted."

"¿Hay un viaje en coche, entonces?"

"Sí, nuestra pequeña casa está en el campo. Está a siete millas de la estación de Eyford".

"Entonces difícilmente podremos llegar antes de medianoche. Supongo que no habría posibilidad de un tren de vuelta. Me vería obligado a pasar la noche."

"Sí, podríamos fácilmente ofrecerle un viaje de ida y vuelta."

"Eso es muy incómodo. ¿No podría ir a una hora más conveniente?"

"Hemos considerado que es mejor que venga tarde. Es para recompensarle por cualquier inconveniente que le estamos pagando a usted, un hombre joven y desconocido, unos honorarios que comprarían una opinión de los mismos jefes de su profesión. Pero, por supuesto, si quiere retirarse del negocio, tiene tiempo de sobra para hacerlo".

"Pensé en las cincuenta guineas y en lo útiles que me serían. 'En absoluto', dije, 'estaré encantado de adaptarme a sus deseos. Me gustaría, sin embargo, entender un poco más claramente qué es lo que desea que haga'".

"Así es. Es muy natural que la promesa de secreto que le hemos exigido haya despertado su curiosidad. No deseo comprometerte a nada sin que lo tengas todo preparado. ¿Supongo que estamos absolutamente a salvo de los figones?"

"Totalmente."

"Entonces el asunto está así. Probablemente sepa que la tierra de batán es un producto valioso y que sólo se encuentra en uno o dos lugares de Inglaterra."

"He oído que sí."

" 'Hace poco tiempo compré un pequeño lugar -un lugar muy pequeño- a diez millas de Reading. Tuve la suerte de descubrir que había un depósito de tierra de batán en uno de mis campos. Al examinarlo, sin embargo, descubrí que este depósito era comparativamente pequeño y que formaba un vínculo entre dos mucho más grandes a la derecha y a la izquierda, ambos, sin embargo, en los terrenos de mis vecinos. Esta buena gente ignoraba por completo que sus tierras contenían algo tan valioso como una mina de oro. Naturalmente, me interesaba comprar sus tierras antes de que descubrieran su verdadero valor, pero desgraciadamente no tenía ningún capital con el que pudiera hacerlo. Sin embargo, me llevé a algunos de mis amigos al secreto, y ellos sugirieron que trabajáramos silenciosa y secretamente nuestro pequeño depósito y que de esta manera ganáramos el dinero que nos permitiera comprar los campos vecinos. Esto es lo que estamos haciendo desde hace algún tiempo, y para ayudarnos en nuestras operaciones hemos construido una prensa hidráulica. Esta prensa, como ya he explicado, se ha estropeado, y deseamos su consejo sobre el tema. Sin embargo, guardamos nuestro secreto muy celosamente, y si una vez se supiera que tenemos ingenieros hidráulicos que vienen a nuestra pequeña casa, pronto despertaría la investigación, y entonces, si los hechos salieran a la luz, sería el adiós a cualquier posibilidad de conseguir estos campos y llevar a cabo nuestros planes. Por eso te he hecho prometer que no le dirás a nadie que vas a ir a Eyford esta noche. Espero que lo haya dejado todo claro"

"El único punto que no entendí bien fue el uso que se le puede dar a una prensa hidráulica para excavar tierra de batán, que, según tengo entendido, se extrae como la grava de un pozo."

"¡Ah!", dijo él con despreocupación, "tenemos nuestro propio proceso. Comprimos la tierra en forma de ladrillos, para sacarlos sin revelar lo que son. Pero eso es un mero detalle. Ahora le he tomado plena confianza, señor Hatherley, y le he mostrado cómo confío en usted". Se levantó mientras hablaba. "Le espero, entonces, en Eyford a las 11:15".

"Por supuesto que estaré allí."

"Y ni una palabra a nadie'. Me miró con una última mirada larga e interrogante, y luego, apretando mi mano con un frío y húmedo apretón, se apresuró a salir de la habitación."

"Bien, cuando llegué a pensarlo todo con sangre fría me quedé muy sorprendido, como ambos pueden pensar, por este repentino encargo que se me había confiado. Por un lado, por supuesto, me alegré, pues los honorarios eran por lo menos diez veces superiores a los que habría pedido si hubiera puesto precio a mis propios servicios, y era posible que este encargo diera lugar a otros. Por otra parte, el rostro y los modales de mi patrón me habían causado una impresión desagradable, y no podía pensar que su explicación de la tierra del batán fuera suficiente para explicar la necesidad de que yo viniera a medianoche, y su extrema ansiedad por que yo le contara a alguien mi encargo. Sin embargo, deseché todos los temores, cené abundantemente, conduje hasta Paddington y me puse en marcha, habiendo obedecido al pie de la letra la orden de contener mi lengua."

"En Reading tuve que cambiar no sólo de carruaje sino de estación. Sin embargo, llegué a tiempo para el último tren a Eyford, y llegué a la pequeña estación poco iluminada después de las once. Fui el único pasajero que bajó allí, y no había nadie en el andén, salvo un único portero somnoliento con una linterna. Sin embargo, cuando salí por la puerta peatonal, encontré a mi conocido de la mañana esperando en la sombra al otro lado. Sin mediar palabra, me agarró del brazo y me metió en un carruaje cuya puerta estaba abierta. Subió las ventanillas a ambos lados, dio unos golpecitos en la madera, y nos fuimos tan rápido como el caballo podía ir".

"¿Un solo caballo?", intervino Holmes.

"Sí, sólo uno".

"¿Observó el color?"

"Sí, lo vi por las luces laterales cuando subía al carruaje. Era un castaño".

"¿Cansado o fresco?"

"Oh, fresco y brillante".

"Gracias. Siento haberle interrumpido. Le ruego que continúe con su interesante declaración".

"Nos fuimos entonces, y condujimos durante al menos una hora. El coronel Lysander Stark había dicho que sólo eran siete millas, pero yo creía, por la velocidad a la que parecíamos ir, y por el tiempo que tardamos, que debían ser más de doce. Se sentó a mi lado en silencio todo el tiempo, y me di

cuenta, más de una vez cuando miré en su dirección, que me estaba mirando con gran intensidad. Parece que las carreteras rurales no son muy buenas en esa parte del mundo, porque dimos unos bandazos y sacudidas terribles. Intenté mirar por las ventanillas para ver algo de dónde estábamos, pero eran de vidrio esmerilado, y no pude distinguir nada más que el borrón ocasional de una luz que pasaba. De vez en cuando me arriesgaba a hacer algún comentario para romper la monotonía del viaje, pero el coronel sólo respondía con monosílabos, y la conversación pronto decaía. Por fin, sin embargo, los golpes de la carretera fueron sustituidos por la crujiente suavidad de un camino de grava, y el carruaje se detuvo. El coronel Lysander Stark se bajó de él y, mientras yo lo seguía, me arrastró a un porche que se abría ante nosotros. Bajamos, por así decirlo, del carruaje y entramos en el vestíbulo, de modo que no pude echar la más fugaz mirada a la fachada de la casa. En el instante en que crucé el umbral, la puerta se cerró de golpe detrás de nosotros, y oí débilmente el traqueteo de las ruedas mientras el carruaje se alejaba."

"Estaba muy oscuro dentro de la casa, y el coronel buscaba a tientas cerillas y murmuraba en voz baja. De repente se abrió una puerta en el otro extremo del pasillo y una larga barra de luz dorada salió disparada en nuestra dirección. Se ensanchó y apareció una mujer con una lámpara en la mano, que sostenía por encima de la cabeza, adelantando la cara y mirándonos. Pude ver que era guapa, y por el brillo con que la luz iluminaba su vestido oscuro supe que era de un material rico. Pronunció algunas palabras en una lengua extranjera, en un tono como si estuviera haciendo una pregunta, y cuando mi compañero respondió con un monosílabo ronco, se sobresaltó tanto que la lámpara casi se le cayó de la mano. El coronel Stark se acercó a ella, le susurró algo al oído y luego, empujándola hacia la habitación de la que había salido, volvió a caminar hacia mí con la lámpara en la mano."

"Quizá tenga usted la amabilidad de esperar en esta habitación unos minutos' -dijo, abriendo otra puerta-. Era una habitación tranquila, pequeña y sencillamente amueblada, con una mesa redonda en el centro, sobre la que había varios libros alemanes. El coronel Stark dejó la lámpara sobre un armonio junto a la puerta. 'No le haré esperar ni un instante', dijo, y desapareció en la oscuridad."

"Eché un vistazo a los libros que había sobre la mesa y, a pesar de mi ignorancia del alemán, pude ver que dos de ellos eran tratados de ciencia y los

otros eran volúmenes de poesía. Luego me acerqué a la ventana, con la esperanza de poder vislumbrar el campo, pero una persiana de roble, fuertemente enrejada, estaba plegada sobre ella. Era una casa maravillosamente silenciosa. Había un viejo reloj que sonaba con fuerza en algún lugar del pasillo, pero por lo demás todo estaba mortalmente quieto. Una vaga sensación de inquietud comenzó a invadirme. ¿Quiénes eran estos alemanes y qué hacían viviendo en este extraño y apartado lugar? ¿Y dónde estaba el lugar? Estaba a unos quince kilómetros de Eyford, eso era todo lo que sabía, pero no tenía ni idea de si estaba al norte, al sur, al este o al oeste. Además, Reading, y posiblemente otras grandes ciudades, se encontraban en ese radio, por lo que el lugar podría no estar tan aislado, después de todo. Sin embargo, estaba bastante seguro, por la absoluta quietud, de que estábamos en el campo. Me paseé de un lado a otro de la habitación, tarareando una melodía en voz baja para mantener el ánimo y sintiendo que me estaba ganando a pulso mis honorarios de cincuenta guineas."

"De repente, sin ningún sonido previo en medio de la absoluta quietud, la puerta de mi habitación se abrió lentamente. La mujer estaba de pie en la abertura, con la oscuridad del vestíbulo a sus espaldas, y la luz amarilla de mi lámpara golpeando su rostro ansioso y hermoso. Pude ver de un vistazo que estaba enferma de miedo, y la visión envió un escalofrío a mi propio corazón. Levantó un dedo tembloroso para advertirme que guardara silencio, y me dirigió unas palabras susurradas en un inglés entrecortado, mientras sus ojos miraban hacia atrás, como los de un caballo asustado, en la penumbra detrás de ella."

"'Yo me iría' -dijo ella, esforzándose, como me pareció a mí, por hablar con calma-; 'me iría. No me quedaría aquí. No hay nada bueno que puedas conseguir'".

"'Pero, señora' -dije-, 'todavía no he hecho lo que he venido a hacer. No puedo irme hasta que haya visto la máquina'".

"'No vale la pena que espere', continuó. Puedes pasar por la puerta; nadie te lo impide". Y entonces, al ver que yo sonreía y negaba con la cabeza, se despojó de repente de su obligación y dio un paso adelante, con las manos juntas. Por el amor del cielo", susurró, ' ¡salga de aquí antes de que sea demasiado tarde!'"

"Pero soy algo testarudo por naturaleza, y tanto más dispuesto a comprometerme en un asunto cuando hay algún obstáculo en el camino. Pensé en mis cincuenta guineas, en mi fatigoso viaje y en la desagradable noche que me esperaba. ¿Era todo para nada? ¿Por qué iba a escabullirme sin haber cumplido mi encargo y sin el pago que me correspondía? Esta mujer podría ser, por lo que yo sabía, una monomaniaca. Por lo tanto, con un porte robusto, aunque sus maneras me habían sacudido más de lo que me importaba confesar, seguí negando con la cabeza y declaré mi intención de quedarme donde estaba. Estaba a punto de renovar sus súplicas cuando una puerta se cerró de golpe y se oyó el sonido de varios pasos en la escalera. Ella escuchó un instante, levantó las manos con un gesto desesperado y desapareció tan repentinamente y sin hacer ruido como había llegado.

"Los recién llegados eran el coronel Lysander Stark y un hombre bajo y grueso con una barba de chinchilla que crecía en los pliegues de su papada, que me fue presentado como el señor Ferguson.

" 'Este es mi secretario y gerente', dijo el coronel. Por cierto, tenía la impresión de haber dejado esta puerta cerrada hace un momento. Me temo que ha sentido la corriente de aire'.

" 'Al contrario', dije, 'yo mismo abrí la puerta porque sentí que la habitación estaba un poco cerrada'.

"Me lanzó una de sus miradas suspicaces. "Tal vez sea mejor que pasemos a los negocios, entonces", dijo. El Sr. Ferguson y yo le llevaremos a ver la máquina'.

" 'Será mejor que me ponga el sombrero, supongo'.

" 'Oh, no, está en la casa'.

" '¿Qué, cavas tierra de batán en la casa?'

" 'No, no. Esto es sólo donde la comprimimos. Pero eso no importa. Todo lo que deseamos es que examine la máquina y nos haga saber qué es lo que está mal.'"

"Subimos juntos, el coronel primero con la lámpara, el gordo gerente y yo detrás de él. Era un laberinto de casa antigua, con pasillos, pasadizos, escaleras estrechas y sinuosas, y pequeñas puertas bajas, cuyos umbrales estaban ahuecados por las generaciones que los habían atravesado. No había



alfombras ni señales de ningún mueble por encima de la planta baja, mientras que el yeso se desprendía de las paredes y la humedad se abría paso en manchas verdes y malsanas. Intenté dar un aspecto lo más despreocupado posible, pero no había olvidado las advertencias de la señora, aunque no las tuviera en cuenta, y no perdí de vista a mis dos acompañantes. Ferguson parecía un hombre taciturno y silencioso, pero por lo poco que dijo pude comprobar que al menos era un compatriota.

"El coronel Lysander Stark se detuvo por fin ante una puerta baja, que abrió. Dentro había una habitación pequeña y cuadrada, en la que apenas podíamos entrar los tres a la vez. Ferguson se quedó fuera y el coronel me hizo pasar.

"Estamos ahora -dijo- dentro de la prensa hidráulica, y sería algo particularmente desagradable para nosotros si alguien la encendiera. El techo de esta pequeña cámara es en realidad el extremo del pistón que desciende, y lo hace con la fuerza de muchas toneladas sobre este suelo metálico. Hay pequeñas columnas laterales de agua en el exterior que reciben la fuerza, y que la transmiten y multiplican de la manera que ustedes conocen. La máquina avanza con bastante facilidad, pero hay cierta dificultad en su funcionamiento y ha perdido un poco de fuerza. Tal vez tenga usted la bondad de revisarla y mostrarnos cómo podemos arreglarla".

"Le cogí la lámpara y examiné la máquina muy a fondo. Era, en efecto, gigantesca y capaz de ejercer una enorme presión. Sin embargo, cuando pasé al exterior y presioné las palancas que la controlaban, supe de inmediato, por el sonido silbante, que había una ligera fuga que permitía una regurgitación de agua a través de uno de los cilindros laterales. Un examen demostró que una de las bandas de goma india que rodeaba la cabeza de una varilla de accionamiento se había encogido de tal manera que no llegaba a llenar la cavidad a lo largo de la cual funcionaba. Esta era claramente la causa de la pérdida de potencia, y se lo señalé a mis compañeros, que siguieron mis observaciones con mucha atención e hicieron varias preguntas prácticas sobre cómo debían proceder para corregirlo. Cuando se lo hube aclarado, volví a la cámara principal de la máquina y le eché un buen vistazo para satisfacer mi propia curiosidad. Era obvio a primera vista que la historia del batán era una mera invención, pues sería absurdo suponer que un motor tan poderoso pudiera ser diseñado para un propósito tan inadecuado. Las paredes eran de madera, pero el suelo consistía en una gran cubeta de

hierro, y cuando me acerqué a examinarla pude ver una costra de depósito metálico por todo el lugar. Me había agachado y estaba rascando para ver qué era exactamente cuando oí una exclamación murmurada en alemán y vi el rostro cadavérico del coronel mirándome.

"¿Qué haces ahí?", preguntó.

"Me sentí enfadado por haber sido engañado con una historia tan elaborada como la que me había contado. Estaba admirando su tierra de batán -dije-. Creo que podría aconsejarle mejor sobre su máquina si supiera para qué se utiliza exactamente.

"En el instante en que pronuncié estas palabras me arrepentí de la imprudencia de mi discurso. Su rostro se endureció y en sus ojos grises surgió una luz torva.

"Muy bien -dijo-, lo sabrás todo sobre la máquina". Retrocedió un paso, cerró de golpe la pequeña puerta y giró la llave en la cerradura. Me precipité hacia ella y tiré de la manilla, pero estaba bien asegurada y no cedió lo más mínimo a mis patadas y empujones. "¡Hola! grité. ¡Hola! Coronel. Déjeme salir!

"Y de repente, en el silencio, oí un sonido que me hizo saltar el corazón. Era el tintineo de las palancas y el ruido del cilindro que goteaba. Había puesto en marcha el motor. La lámpara seguía en el suelo, donde la había colocado al examinar la cubeta. A su luz vi que el techo negro se me venía encima, lentamente, a trompicones, pero, como nadie sabía mejor que yo, con una fuerza que en un minuto me convertiría en una pulpa informe. Me arrojé, gritando, contra la puerta, y me arrastré con las uñas a la cerradura. Imploré al coronel que me dejara salir, pero el implacable ruido de las palancas ahogó mis gritos. El techo estaba a sólo un metro o dos por encima de mi cabeza, y con la mano levantada podía sentir su superficie dura y áspera. Entonces me vino a la mente que el dolor de mi muerte dependería en gran medida de la posición en que me encontrara. Si me ponía boca abajo, el peso recaería sobre mi columna vertebral, y me estremecí al pensar en ese espantoso chasquido. Tal vez fuera más fácil de la otra manera; y sin embargo, ¿tenía yo el valor de tumbarme y mirar aquella sombra negra y mortal que se cernía sobre mí? Ya era incapaz de mantenerme erguido, cuando mi vista captó algo que devolvió un chorro de esperanza a mi corazón.

"He dicho que aunque el suelo y el techo eran de hierro, las paredes eran de madera. Cuando eché una última y apresurada mirada a mi alrededor, vi una fina línea de luz amarilla entre dos de las tablas, que se ensanchaba y ensanchaba a medida que un pequeño panel era empujado hacia atrás. Por un instante me costó creer que allí había una puerta que conducía a la muerte. Al instante siguiente me arrojé a través de ella y me quedé medio desmayado al otro lado. El panel se había cerrado de nuevo tras de mí, pero el estruendo de la lámpara y, unos instantes después, el tintineo de las dos placas de metal, me indicaron lo estrecha que había sido mi huida.

"Volví en mí por un frenético tirón de la muñeca, y me encontré tendido en el suelo de piedra de un estrecho pasillo, mientras una mujer se inclinaba sobre mí y me tiraba con la mano izquierda, mientras sostenía una vela en la derecha. Era la misma buena amiga cuya advertencia había rechazado tan tontamente.

"¡Venga! ¡Venga!", gritó sin aliento. Estarán aquí en un momento. Verán que no estás ahí. Oh, no pierdas este tiempo tan valioso, ¡ven!

"Esta vez, al menos, no desprecié su consejo. Me levanté tambaleándome y corrí con ella a lo largo del corredor y bajé una escalera de caracol. Esta última conducía a otro pasillo amplio, y justo cuando llegamos a él oímos el sonido de pies que corrían y los gritos de dos voces, una respondiendo a la otra desde el piso en el que estábamos y desde el de abajo. Mi guía se detuvo y miró a su alrededor como quien no sabe qué hacer. Luego abrió de golpe una puerta que conducía a un dormitorio, a través de cuya ventana brillaba la luna.

"Es su única oportunidad -dijo-. Es alto, pero puede ser que puedas saltarlo".

"Mientras hablaba, una luz apareció en el otro extremo del pasillo, y vi la delgada figura del coronel Lysander Stark que se acercaba corriendo con una linterna en una mano y un arma como una cuchilla de carnicero en la otra. Me apresuré a cruzar el dormitorio, abrí de golpe la ventana y miré hacia afuera. Qué tranquilo, dulce y saludable se veía el jardín a la luz de la luna, y no podía estar a más de treinta pies de profundidad. Me encaramé al alféizar, pero dudé en saltar hasta haber oído lo que pasaba entre mi salvadora y el rufián que me perseguía. Si la habían maltratado, estaba decidido a volver en su ayuda a cualquier precio. Apenas se me pasó por la cabeza esta

idea, cuando él estaba en la puerta, abriéndose paso entre ella; pero ella lo rodeó con sus brazos y trató de retenerlo.

"¡Fritz! Fritz", gritó en inglés, "recuerda tu promesa después de la última vez. Dijiste que no se repetiría. Se callará. Oh, ¡estará callado!

"¡Estás loca, Elise!", gritó él, luchando por separarse de ella. 'Serás la ruina de nosotros. Ha visto demasiado. ¡Déjame pasar, te digo! La echó a un lado y, precipitándose hacia la ventana, me cortó con su pesada arma. Me había soltado, y estaba colgado de las manos al alféizar, cuando cayó su golpe. Fui consciente de un dolor sordo, mi agarre se aflojó y caí al jardín de abajo.

"La caída me sacudió, pero no me lastimó; así que me levanté y corrí entre los arbustos tan fuerte como pude, pues comprendí que estaba lejos de estar fuera de peligro. Sin embargo, de repente, mientras corría, me sobrevino un mareo y un malestar mortales. Miré mi mano, que palpitaba dolorosamente, y entonces, por primera vez, vi que me habían cortado el pulgar y que la sangre brotaba de mi herida. Intenté atar mi pañuelo alrededor de la herida, pero de repente sentí un zumbido en los oídos, y al momento siguiente caí desmayado entre los rosales.

"No puedo decir cuánto tiempo estuve inconsciente. Debió de ser mucho tiempo, pues la luna se había ocultado y amanecía cuando volví en mí. Mi ropa estaba empapada de rocío y la manga de mi abrigo estaba empapada de sangre de mi pulgar herido. El escozor de la herida me recordó en un instante todos los detalles de mi aventura nocturna, y me puse en pie de un salto con la sensación de que difícilmente podría estar a salvo de mis perseguidores. Pero para mi asombro, cuando miré a mi alrededor, no se veía ni la casa ni el jardín. Me había tumbado en un ángulo del seto cercano a la carretera, y un poco más abajo había un largo edificio que, al acercarme, resultó ser la misma estación a la que había llegado la noche anterior. Si no fuera por la fea herida que tenía en la mano, todo lo que había pasado durante aquellas espantosas horas podría haber sido un mal sueño.

"Medio aturdido, entré en la estación y pregunté por el tren de la mañana. Habría uno a Reading en menos de una hora. Encontré que estaba de guardia el mismo portero que había estado cuando llegué. Le pregunté si había oído hablar del coronel Lysander Stark. El nombre le resultaba extraño. ¿Había visto un carruaje la noche anterior esperándome? No, no lo había

visto. ¿Había una estación de policía cerca? Había una a unas tres millas de distancia.

"Era demasiado lejos para mí, débil y enfermo como estaba. Decidí esperar hasta llegar al pueblo antes de contar mi historia a la policía. Eran un poco más de las seis cuando llegué, así que fui primero a que me curaran la herida, y luego el médico tuvo la amabilidad de traerme aquí. Pongo el caso en sus manos y haré exactamente lo que usted me aconseje".

Ambos nos quedamos sentados en silencio durante algún tiempo después de escuchar esta extraordinaria narración. Entonces Sherlock Holmes sacó de la estantería uno de los pesados libros de consulta en los que colocaba sus recortes.

"Aquí hay un anuncio que le interesará", dijo. "Apareció en todos los periódicos hace aproximadamente un año. Escuche esto: "Perdido, el día 9, el Sr. Jeremiah Hayling, de veintiséis años, ingeniero hidráulico. Dejó su alojamiento a las diez de la noche, y no se sabe nada de él desde entonces. Estaba vestido, etc., etc. ¡Ja! Eso representa la última vez que el coronel necesitó que le revisaran su máquina, me imagino".

"¡Cielos!", gritó mi paciente. "Entonces eso explica lo que dijo la chica".

"Sin duda. Está claro que el coronel era un hombre frío y desesperado, que estaba absolutamente decidido a que nada se interpusiera en su pequeño negocio, como esos piratas que no dejan ningún superviviente de un barco capturado. Bueno, cada momento es precioso, así que si te sientes capaz de hacerlo, iremos a Scotland Yard de inmediato, como paso previo a la partida hacia Eyford".

Unas tres horas después estábamos todos juntos en el tren, con destino al pequeño pueblo de Berkshire desde Reading. Estábamos Sherlock Holmes, el ingeniero hidráulico, el inspector Bradstreet, de Scotland Yard, un hombre de paisano, y yo. Bradstreet había extendido un mapa de ordenación del condado sobre el asiento y estaba ocupado con sus compases dibujando un círculo cuyo centro era Eyford.

"Ahí está", dijo. "Ese círculo está dibujado en un radio de diez millas desde el pueblo. El lugar que queremos debe estar en algún lugar cerca de esa línea. Usted dijo diez millas, creo, señor".

"Fue una hora de camino".

"¿Y cree que le trajeron de vuelta todo ese camino cuando estaba inconsciente?"

"Deben haberlo hecho. Tengo un recuerdo confuso, también, de haber sido levantado y transportado a algún lugar".

"Lo que no puedo entender", dije yo, "es por qué debieron perdonarle a usted cuando le encontraron desmayado en el jardín. Tal vez el villano se ablandó por las súplicas de la mujer".

"No creo que eso sea probable. Nunca vi un rostro más inexorable en mi vida".

"Oh, pronto aclararemos todo eso", dijo Bradstreet. "Bien, he trazado mi círculo, y sólo desearía saber en qué punto del mismo se encuentra la gente que buscamos".

"Creo que podría poner el dedo en la llaga", dijo Holmes en voz baja.

"¡De verdad!", gritó el inspector, "¡ya se ha formado su opinión! Vamos a ver quién está de acuerdo con usted. Yo digo que es el sur, porque el país está más abandonado allí".

"Y yo digo que es el este", dijo mi paciente.

"Yo estoy por el oeste", comentó el hombre de paisano. "Allí hay varios pueblecitos tranquilos".

"Y yo estoy por el norte", dije yo, "porque allí no hay colinas, y nuestro amigo dice que no notó que el carruaje subiera ninguna".

"Vamos", gritó el inspector, riendo; "es una bonita diversidad de opiniones. Hemos encajado la brújula entre nosotros. ¿A quién le das tu voto de calidad?"

"Todos estáis equivocados".

"Pero no podemos estarlo todos".

"Oh, sí, se puede. Este es mi punto". Colocó su dedo en el centro del círculo. "Aquí es donde los encontraremos".

"¿Pero el viaje de doce millas?", jadeó Hatherley.

"Seis de ida y seis de vuelta. Nada más sencillo. Tú mismo dices que el caballo estaba fresco y reluciente cuando subiste. ¿Cómo podría ser eso si

había recorrido doce millas por caminos pesados?"

"En efecto, es una argucia bastante probable", observó Bradstreet pensativo. "Desde luego, no puede haber ninguna duda sobre la naturaleza de esta banda".

"Ninguna en absoluto", dijo Holmes. "Son acuñadores a gran escala, y han utilizado la máquina para formar la amalgama que ha sustituido a la plata".

"Hace tiempo que sabemos que una banda astuta estaba trabajando", dijo el inspector. "Han estado produciendo medias coronas por miles. Incluso les seguimos la pista hasta Reading, pero no pudimos llegar más lejos, porque habían cubierto sus huellas de una manera que demostraba que eran gente muy veterana. Pero ahora, gracias a esta afortunada casualidad, creo que hemos acertado de pleno".

Pero el inspector se equivocaba, pues aquellos criminales no estaban destinados a caer en manos de la justicia. Al entrar en la estación de Eyford vimos una gigantesca columna de humo que salía de detrás de un pequeño grupo de árboles de la zona y que colgaba como una inmensa pluma de avestruz sobre el paisaje.

"¿Una casa en llamas?", preguntó Bradstreet mientras el tren retomaba su camino.

"¡Sí, señor!", dijo el jefe de estación.

"¿Cuándo estalló?"

"He oído que fue durante la noche, señor, pero se ha agravado y todo el lugar está en llamas".

"¿De quién es la casa?"

"Del Dr. Becher".

"Dígame", interrumpió el maquinista, "¿es el doctor Becher un alemán, muy delgado, con una nariz larga y afilada?"

El jefe de estación se rió con ganas. "No, señor, el doctor Becher es inglés, y no hay hombre en la parroquia que tenga un chaleco mejor forrado. Pero tiene un caballero alojado con él, un paciente, según tengo entendido,



que es extranjero, y parece que un poco de buena carne de Berkshire no le vendría mal."

El jefe de estación no había terminado su discurso antes de que todos nos apresuráramos en dirección al fuego. La carretera coronaba una colina baja, y frente a nosotros había un gran edificio encalado que escupía fuego por todos los resquicios y ventanas, mientras que en el jardín de enfrente tres motores de incendio se esforzaban en vano por mantener las llamas bajo control.

"¡Eso es!", gritó Hatherley, con intensa excitación. "Ahí está el camino de grava, y ahí están los rosales donde estuve acostado. Esa segunda ventana es desde la que salté".

"Bueno, al menos", dijo Holmes, "usted se ha vengado de ellos. No cabe duda de que fue su lámpara de aceite la que, al ser aplastada en la prensa, prendió fuego a las paredes de madera, aunque sin duda estaban demasiado agitados en la persecución de usted como para observarlo en ese momento. Ahora mantenga los ojos abiertos entre esta multitud para buscar a sus amigos de anoche, aunque mucho me temo que ya están a un buen centenar de millas de distancia."

Y los temores de Holmes se hicieron realidad, pues desde aquel día hasta hoy no se ha vuelto a saber nada de la hermosa mujer, del siniestro alemán ni del malhumorado inglés. Aquella mañana temprano, un campesino había encontrado un carro con varias personas y unas cajas muy voluminosas que se dirigía rápidamente en dirección a Reading, pero allí desapareció todo rastro de los fugitivos, y ni siquiera el ingenio de Holmes logró descubrir jamás la menor pista sobre su paradero.

Los bomberos estaban muy preocupados por los extraños arreglos que habían encontrado en el interior, y aún más por el descubrimiento de un pulgar humano recién cortado en el alféizar de una ventana del segundo piso. Al atardecer, sin embargo, sus esfuerzos tuvieron por fin éxito y lograron dominar las llamas, pero no antes de que el techo se derrumbara y todo el lugar quedara reducido a una ruina tan absoluta que, salvo algunos cilindros retorcidos y tuberías de hierro, no quedaba ni rastro de la maquinaria que tan caro le había costado a nuestro desafortunado conocido. Se descubrieron grandes masas de níquel y de estaño almacenadas en una dependencia, pero

no se encontró ninguna moneda, lo que puede haber explicado la presencia de esas voluminosas cajas a las que ya nos hemos referido.

El modo en que nuestro ingeniero hidráulico había sido transportado desde el jardín hasta el lugar donde recuperó el sentido podría haber permanecido para siempre en el misterio si no fuera por el moho blando, que nos contó una historia muy clara. Evidentemente, había sido transportado por dos personas, una de las cuales tenía los pies notablemente pequeños y la otra inusualmente grandes. En conjunto, era muy probable que el silencioso inglés, siendo menos audaz o menos asesino que su compañero, hubiera ayudado a la mujer a llevar al hombre inconsciente fuera del camino del peligro.

"Bueno", dijo nuestro ingeniero con pesar mientras tomábamos nuestros asientos para regresar una vez más a Londres, "¡ha sido un bonito asunto para mí! He perdido mi pulgar y he perdido una cuota de cincuenta guineas, ¿y qué he ganado?"

"Experiencia", dijo Holmes, riendo. "Indirectamente puede ser valiosa, ya sabe; sólo tiene que ponerla en palabras para ganarse la reputación de ser una excelente compañía para el resto de su existencia".

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**